

La economía liberal se halla fundada teóricamente sobre precios determinados por el juego libre de la oferta y de la demanda, en condiciones que supongan el mínimo de impedimentos y resistencias. Y resulta sorprendente la incongruencia de que sea esa misma economía la que ha sostenido y sostiene la inmovilidad del postulado de los cambios fijos.

Porque el cambio es un precio: el precio de la moneda extranjera, y, en particular, del oro cuando rige ese patrón, un precio que es el más complejo de todos los precios, puesto que depende de los factores más variados y numerosos. No sólo de todos los factores que determinan el nivel de precios de cada país, compuesto de los precios particulares de todas las mercancías que integran el mercado interior—sobre los cuales pesan las múltiples causas que intervienen en la oferta y demanda de cada mercancía—, sino además de un cúmulo de causas y factores análogos que influyen la demanda y oferta de todas y cada una de las mercancías extranjeras que entran en la importación del país, de las circunstancias que afectan a su intercambio y de los demás factores que intervienen en el balance de pagos, v. g., intercambios de servicios y movimientos de capitales, todo lo cual condiciona la ofer-

Todos los países que ahora practican economías más o menos aherrojadas, han partido del tipo de economía que estaba en predicamento a principios de siglo. Si han tenido o no razón al apartarse de ellas, sólo el tiempo lo dirá. Pero desde luego no se han apartado caprichosamente; antes bien, ha sido con repugnancia y timidamente como han entrado al principio por el camino de las restricciones y de las coerciones.

He aquí lo que dice el profesor alemán Otto Donner, una autoridad en la materia, refiriéndose precisamente a la iniciación del actual sistema de cambios en Alemania, cuando ésta pudo escoger entre cambios fijos y variables: «La impresión de que se trataba de una medida de urgencia, de la que se quedaría libre en breve otra vez, se perdió paulatinamente. Si al comenzar, y en sus primeros años, se estimó por doquier la administración de divisas como un abominable recurso (Schacht), al romperse las hostilidades ya hubimos de llegar a verla propuesta como el buen sistema monetario del porvenir» (1).

Una vez iniciado ese rumbo, ha habido que introducir cada día más restricciones para encerrar la vida económica—que tiende a escaparse por todos los demás cauces, cuando se le obstruyen los naturales—dentro de los límites previstos, hasta llegar a crear un aparato ortopédico vastísimo, que equivale a un verdadero monopolio estatal de cambios.

Las mismas causas producen los mismos efectos. Todo país que elija una regulación artificial de uno u otro factor de la vida económica se verá, quiéralo o no, forzado a caminar cada día más por los derroteros de la economía intervenida o dirigida.

Se puede elegir entre economía libre o no libre. No podemos dogmatizar sobre si tienen más razón los que eligen uno u otro camino. Lo que no se puede hacer razonablemente es caer en la inconsecuencia de querer una

cosa y escoger los métodos de la otra.

Si las naciones que propugnan una economía liberal quieren realizarla, han de escoger cuidadosamente métodos de economía libre. El sistema de intervención que proponen para los cambios no lo es.

Para evitar los desarreglos que inevitablemente se producirán y que no tienen compostura más que por un retoque constante de los cambios, que es lo contrario de lo que se propone un plan de estabilización, se tendrá que acudir cada vez a medidas más coercitivas, y se caerá fatalmente en la ortopedia económica.

Autorizando la intervención en los cambios cuando se trate de restringir la salida de capitales, se ha abierto el portillo para toda clase de restricciones, pues cualquier demanda de divisas puede ser sospechosa de envolver una exportación ilegal de capital, y cualquier alza del cambio cabe atribuirle de buena fe a una salida anormal de capitales, que justifique la intervención ante una baja del cambio, que las autoridades financieras jamás creen debida a errores propios de política monetaria ni a hechos naturales, sino a maquinaciones de la especulación.

Paúl Einzig, el conocido economista inglés, aplaude la intervención de los cambios para evitar la salida fraudulenta de capitales; pero no participa de la opinión de Keynes, expresada en el Parlamento, de que sea compatible con la abolición de la censura postal (2). Probablemente tiene razón. Ni con eso ni con otras muchas cosas

(1) Otto Donner. Valutapolitik im Kriege (Weltwirtschaftliches Archiv. Julio 1943, pág. 30).

(2) The Banker. Febrero, 1943, pág. 21 y siguientes. Exchange control and Censorship.

Los problemas del cambio internacional

Cambios fijos, precios libres y economía intervenida

FONDO DOCUMENTAL

German Bernacer

Por
GERMAN BERNACER

ta y demanda de la moneda nacional como divisa exterior.

Pues bien, ¿es racional pretender que siendo el fundamento de una economía los precios libres, éste, que es sin duda el más complejo de todos los precios, el más sometido a influencias variadas y variables, sea, sin embargo, invariable?

Imponer esa invariabilidad es imponer reacciones tales sobre la economía general, es decir, sobre todos los precios, y al modificar éstos, sobre todas las demandas y ofertas de productos y de los diversos factores de la producción, que necesariamente han de determinar las más peligrosas consecuencias; es exigir al mecanismo productor y circulatorio adaptaciones que, cuando no resultan imposibles, se han de obtener a un precio tal que el resultado no vale lo que cuesta.

El fracaso del patrón oro y el fracaso de todo sistema que dentro de una economía libre pretenda mantener cambios fijos, no es, en esencia, más que el resultado de tan absurda incongruencia.

Esas incongruencias que se dan en la conducta de los hombres la realidad no las soporta. En los hechos hay siempre una profunda lógica, aunque los hombres no alcancemos siempre a penetrarla. Quiero decir que, si los hombres somos ilógicos en nuestra conducta, los hechos, siguiendo su encadenamiento natural, nos conducirán a resultados completamente diferentes de los que pretendemos alcanzar.

Si los países que quieren defender una economía liberal introducen en sus premisas un elemento incongruente con ella, se verán indefectiblemente llevados hacia derroteros que les apartarán cada día más de sus objetivos.